

LA EXPRESIÓN “MATERIALISMO CRISTIANO” EN SAN JOSEMARÍA. TEOLOGÍA Y MENSAJE

Pedro Rodríguez

Universidad de Navarra, España

“Materialismo cristiano” es una ya célebre expresión de san Josemaría Escrivá de Balaguer. Entiendo que el sentido de esta primera conferencia es dar razón de cómo y por qué nuestro Simposio tiene el planteamiento que se refleja en el programa¹.

El título de mi intervención pide, como ven Vds., que trate de ubicar esa expresión en la obra de san Josemaría y que haga después mi propuesta acerca de su significado teológico para abordar finalmente y de manera sintética, el “mensaje” que hay detrás de esa paradójica formulación.

a) Ubicación

La expresión se encuentra en la homilía pronunciada el 8 de octubre de 1967 en el *campus* de la Universidad de Navarra. La homilía ha sido objeto de numerosos estudios, a los que remito a Vds. Pero hablando en la Universidad de la Sabana, hay que citar, al menos, el artículo titulado “La materia es capaz de espíritu: hacia un materialismo cristiano”, que el actual Vice Gran-Canciller de la Universidad, monseñor Hernán Salcedo Plazas, publicó en *Pensamiento y Cultura*, 1998. Y, además, ya tienen en las librerías la edición crítico-histórica del libro *Conversaciones con monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, que como Vds. saben incluía al final el texto de la homilía. En la edición crítico-histórica, dirigida por el Prof. J. L. Illanes, pueden encontrar toda la bibliografía que deseen. Pero vayamos ya al pasaje de la homilía que podríamos calificar de “normativo” para nuestro tema (nn. 114a-e-115a). Leo:

114a Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (Gen 1, 7ss). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios.

b Por el contrario, debéis comprender ahora –con una nueva claridad– que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir.

c Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

d ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser -en el alma y en el cuerpo- santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales.

e No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo decir que necesita nuestra época devolver -a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares- su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo.

115a El auténtico sentido cristiano -que profesa la resurrección de toda carne- se enfrentó siempre, como es lógico, con la desencarnación, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu.

“Materialismo cristiano”. Se trata, en efecto, de una paradoja, de lo que es bien consciente el predicador, que la escribe en cursiva. Pero es, sobre todo, una fórmula provocativa y sorprendente, quizá por eso la figura retórica más exacta para calificar esta expresión sería el *oxímoron*, que consiste en usar dos palabras de significado opuesto en una sola expresión, que genera un tercer concepto que contempla de manera más enérgica el enfrentamiento de los términos acoplados.

Nada, en efecto, hay a primera vista más antitético y auto-excluyente que estos dos términos: “cristianismo” y “materialismo”, que sin embargo el Fundador del Opus Dei reúne y acopla, al decirnos que es lícito hablar de un “*materialismo cristiano*, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu” (n. 115).

El Prof. J. M. Garrido Gallardo dice que así se logra “hacer del discurso no un mero indicador transparente hacia la cosa significada o referente, sino un medio opaco que recabe atención por sí mismo y condicione en un sentido preciso la interpretación del mensaje que propone al lector” (voz *Retórica*, en GER, 20, pp. 178-182). Me parece esto muy exacto aplicado a nuestro caso y en el contexto de toda la homilía. No se puede usar si no es explicándola profundamente, que es lo que hizo san Josemaría en la homilía. Y san Josemaría la dejó explicada de una vez por todas.

La homilía del *campus* es el hogar hermenéutico de esta expresión, y desde entonces, la expresión se hizo inolvidable para los que la escucharon o la leyeron. Más todavía, fue considerada por muchos como la síntesis del mensaje de la homilía. Sobre todo en el ámbito de cultura francesa. La conocida revista de París *La Table Ronde* publicó inmediatamente (noviembre 1967) la homilía bajo ese título: *Le matérialisme chrétien*. Los editores de la revista se fijaron en esa expresión de la homilía, porque creyeron captar en ella el sentido total de su mensaje. Así lo dicen expresamente

en una nota de redacción que antecede al texto (p. 229). El horizonte espiritual y la antropología implícita en esta expresión es, sin duda, de una gran trascendencia: Josemaría Escrivá de Balaguer —es lo que sin duda quisieron subrayar los editores de París— estaría proponiendo una manera de entender la relación del hombre con Dios que, arrancando de lo más material (el Verbo se hizo *carne*) y expresándose a través de la materia de este mundo, se levanta hasta Dios. Se podría decir que, a una época que glorifica lo material y lo meramente empírico y profesa el materialismo para rechazar así el Cristianismo, Josemaría Escrivá de Balaguer quiere proponerle, desde ese horizonte y en esa clave, precisamente el misterio de Cristo y de la vida cristiana en el mundo.

Quizá por esto, la fórmula “materialismo cristiano” sólo la usó san Josemaría en la homilía del *campus*, como subraya Cornelio Fabro en su obra *El temple de un Padre de la Iglesia* (Rialp, Madrid 2002). Es, por decirlo al modo de los lingüistas, un *hapax*: es decir, una palabra que aparece sólo una vez en una obra o en un autor. La expresión habitual de san Josemaría sobre la materia, según vemos en la propia homilía, era “*materializar* la vida espiritual”, que tiene también un algo de *oximoron*, —como reconoce Cornelio Fabro: “una atrevida e insólita, pero eficaz expresión”—, pero a la que ya estábamos acostumbrados en el Opus Dei desde los años treinta del pasado siglo (ver *Amigos de Dios*, nn. 65 y 254), como dice san Josemaría en este mismo párrafo.

Es interesante saber que la expresión “materialismo cristiano”, que comentamos, es prácticamente desconocida en la literatura teológica y espiritual hasta la homilía del *campus*. Tratando de encontrar paralelos y precedentes, he dado con un interesante texto de Jean Daniélou, teólogo conciliar que sería nombrado Cardenal por el Papa Pablo VI. Se encuentra en su libro *Mithes paiens, mystère chrétien*, una investigación filosófico-patristica sobre el tema publicado unos meses antes en Fayard, Paris 1966. Quiero darles noticia porque es un buen telón de fondo de lo que venimos diciendo.

Explica Daniélou que en el mundo actual (1966) muchos ateos y agnósticos, inmersos en la investigación de la materia por medio de la ciencia, y en la utilización de la materia por medio de la técnica, piensan que el cristianismo pertenece a un universo extraño al de sus propias preocupaciones, porque **los cristianos están del lado del espíritu y no del de la materia**. Habría según ellos una especie de ruptura entre el cristianismo y mundo moderno. Pero esa ruptura, según el Cardenal, no se da de ninguna manera en el auténtico cristianismo, sino en la falsa imagen del cristianismo que ofrecen ciertas corrientes teológicas y culturales.

Porque en realidad —y esta la frase que nos interesa— el cristiano no es más espiritualista que materialista; y quizá sería necesario subrayar que existe un **materialismo cristiano**, no en el sentido de que para el cristiano todas las cosas se reducirían a la materia, con lo que se caería en el error exactamente contrario al de privilegiar exclusivamente al espíritu, sino en el sentido de que en la materia hay algo que es perfectamente

válido, una de las expresiones de la creación de Dios, de manera que, a través de la materia podemos captar algo de Dios, de la misma manera que a través del espíritu.

Como ven Vds., lo que busca Daniélou con esa expresión es explicar a los agnósticos, en contexto metafísico-teológico, que no pueden descalificar al Cristianismo como si éste despreciara la materia y la técnica. En cambio, lo que va a hacer Josemaría Escrivá de Balaguer en su homilía es explicar a los cristianos la riqueza del “materialismo cristiano”, concentrando positivamente, en estas dos palabras, toda una teología espiritual de la vida ordinaria y de la secularidad cristiana. Lo llama así —“materialismo cristiano”—, dirá Gérard Philips (en *Ephemerides Theologicae Lovanienses* 1968), “para que los teólogos sepan que tienen que ocuparse de la vida ordinaria de los cristianos”.

b) Significado teológico

Pasemos, pues, a examinar brevemente esa teología espiritual que propone Josemaría Escrivá de Balaguer a propósito del “materialismo cristiano”. Podríamos sintetizarla en la siguiente “tesis”:

Las realidades más cotidianas y ordinarias, arrancando desde la materia misma, son metafísica y teológicamente valiosas: son el medio y la ocasión de nuestro encuentro continuo con el Señor.

En efecto, San Josemaría se propone mostrar, positivamente, lo que los espiritualismos ignoran o niegan: el valor de la materia. El discurso sobre el “materialismo cristiano” se inicia en las últimas líneas del n. 113: “Es, en medio de las cosas más *materiales* de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres”.

Aquí encontramos por vez primera en la homilía la palabra “materia”, que reaparecerá después abundantemente. Ahora la idea central es que esa *vida ordinaria*, de la que venía hablando en los párrafos precedentes, comprende en su seno también las realidades *materiales* y sólo se acaba de entender desde la estimación positiva de la *materia*. Esa positiva estimación es el presupuesto metafísico y antropológico de la teología de la secularidad de la vida cristiana en el mundo que el Gran Canciller explicó en el *campus* de Navarra. No puede, pues, extrañarnos la desusada intensidad con que, dentro de la brevedad de la homilía, se detuvo a tratar este punto. Siguiendo su habitual manera de afrontar el tema, fundamentó su tesis en el relato bíblico de la Creación del mundo en su realidad material y espiritual: “Yaveh lo miró y vio que era bueno” (n. 114a). El hombre está hecho de materia y espíritu y Dios lo ha puesto a vivir en medio de las realidades materiales.

En este contexto aparece un término y un concepto —“desencarnación”— que ilumina la intencionalidad de todo el discurso. En realidad es otra manera de nombrar a los falsos espiritualismos. Lo que monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer tiene contra estas antropologías

no es, claro está, su estimación positiva de la realidades espirituales, sino su tendencia monista a la hora de mirar al hombre. Con sus propias palabras:

“El auténtico sentido cristiano —que profesa la resurrección de toda carne— se enfrentó siempre, como es lógico, con la desencarnación, sin temor a ser juzgado de materialismo” (n. 115a).

“Desencarnación”: esta es la palabra y éste es el concepto. Pongan atención Vds.: desde este enfoque de la vida, perfección del hombre, unión con Dios, santidad, etc. vendrían entendidas como “superación” de la carne, del cuerpo, de la materia y de lo que esa realidad material comporta. Josemaría Escrivá de Balaguer afirmó en el *campus* de Navarra todo lo contrario. Es este, para él, podríamos decir, sirviéndonos de una vieja expresión, *articulus stantis et cadentis hominis christiani*; es decir, algo que, si se da, se mantiene firme la existencia cristiana; si no se da, el cristianismo del hombre cristiano se derrumba. La “desencarnación” deforma, es cierto, toda concepción cristiana del hombre, pero en lo relativo a teología cristiana de la secularidad no es ya que la dificulte, sino que elimina radicalmente todo posible acceso a ella. De ahí la fórmula paradójica y pedagógica que centra nuestro Simposio:

“Es lícito, por tanto, hablar de un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu” (n. 115a).

Ya se ve lo que esto significa para Josemaría Escrivá de Balaguer: una afirmación de la doctrina bíblica y patrística tradicional —el hombre compuesto de alma y cuerpo, de espíritu y materia—, pero poniendo argumentativamente el acento en la realidad material, ignorada o negada por los espiritualismos. Materia, pues, abierta al espíritu, en contraste con las diversas formas de materialismo monista, que denunció la Const. *Gaudium et Spes*, y que San Josemaría llama aquí “los materialismos cerrados al espíritu”.

Toda la *intentio docendi* de la homilía, como vemos, gira en torno a la expresión “materialismo cristiano”. Procede esta doctrina de la enseñanza de San Pablo acerca del hombre, abundantemente citada en la homilía, pero que tendrá un momento especialmente revelador un poco después cuando san Josemaría, hablando del amor humano, diga a los fieles:

La oración contemplativa surgirá en vosotros cada vez que meditéis en esta realidad impresionante: algo tan material como mi cuerpo ha sido elegido por el Espíritu Santo para establecer su morada..., ya no me pertenezco..., mi cuerpo y mi alma —mi ser entero— son de Dios... (n. 121e)

Este pasaje ilumina nuestro tema. Como en San Pablo, la homilía del *campus* considera al hombre en su totalidad, pero arrancando desde abajo, desde lo más humilde, desde el cuerpo, desde lo material, que no se “yuxtapone” al espíritu, sino que es —el cuerpo, y no sólo el espíritu— “templo del Espíritu Santo”.

El tema de la “materia” es tan central en la homilía que nuestro Gran Canciller estimó que debía ofrecer a los fieles una fundamentación no solo “teológica” —desde el Génesis, como vimos—, sino sobre todo cristológica. Lo que él está proponiendo a los fieles, viene a decirnos, es pura coherencia con la *lex incarnationis* que preside la economía de la gracia. Pero no se detiene en la Cristología propiamente tal, que da por conocida, sino que avanza hacia los signos sacramentales que la manifiestan, “huellas de la Encarnación del Verbo, como afirmaron los antiguos” (n. 115b), lo que le permite considerar de nuevo el sentido de la Eucaristía.

¿Qué son los sacramentos [...] sino la más clara manifestación de este camino, que Dios ha elegido para santificarnos y llevarnos al Cielo? ¿No veis que cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y redentora, que se nos da sirviéndose de medios **materiales**? ¿Qué es esta Eucaristía —ya inminente— sino el Cuerpo y la Sangre adorables de nuestro Redentor, que se nos ofrece a través de la humilde **materia** de este mundo —vino y pan—, a través de *los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre*, como el último Concilio Ecuménico (GS 38) ha querido recordar? (n. 115b)

Cristo, pues, al hacerse hombre, más aún, como dice San Juan, al hacerse carne; y como consecuencia, toda la economía sacramental, que asume la materia al servicio de la Redención; Cristo y la economía divina, digo, revelan y fundamentan, según san Josemaría Escrivá de Balaguer, la doctrina de la secularidad cristiana. De ahí que el Gran Canciller de la Universidad manifestara ante los fieles una sorprendente tarea, de la que ellos eran responsables:

Por eso puedo decir que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo. (n. 114e)

En esta inesperada misión se funden los dos planos de la economía divina: el originario de la Creación y el nuevo plano de la Redención por Jesucristo.

De esta fórmula procede, como habrán observado Vds., la tesis que les estoy comentando; porque “materia”, en el lenguaje de nuestra homilía, es un término utilizado para nombrar, desde su dimensión más humilde, toda la gama de lo “ordinario”, la totalidad de lo “corriente”, que debe ser santificada y llevada hasta Dios. Es, en efecto, un lenguaje que desde sus bases metafísicas se abre e incluye las realidades antropológicas. De ahí que las fórmulas sean normalmente enumerativas: “Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, *materiales*, seculares de la vida humana” (n. 114a), “a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y *materiales*” (n. 114c), hay que devolver “a la *materia* y a las situaciones que parecen más vulgares su noble y original sentido” (n. 114e). En resumen: la posición metafísica y teológica de la “materia”, en el discurso de Josemaría Escrivá de Balaguer, es esta: comparte con el espíritu un mismo destino —el destino del hombre— y su dignidad —la dignidad de la materia— radica precisamente en su relación con el espíritu, en su capacidad de servir al espíritu y de ser penetrada por él,

encontrando en ese servicio su plenitud. Benedicto XVI, en la Homilía Pascual de este año 2012, ha explicado Creación y nueva Creación, empezando por la Gen I, 3:

El que Dios haya creado la luz significa que la materia prima del mundo es buena, el ser es bueno en sí mismo. Y el mal no proviene del ser, que es creado por Dios, sino que existe solo en virtud de la negación. Es el “no”.

La tarea de recuperar el “noble y original sentido” de las realidades materiales viene descrita por el Fundador del Opus Dei precisamente con esta expresión: “espiritualizarlas”; no, ciertamente, en el sentido de los espiritualismos, que se avergüenzan de lo material, sino en este otro bien preciso: hacerlas participar con el espíritu en el destino del hombre. O lo que es lo mismo en términos soteriológicos: hacer “de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo” (n. 114e).

Como vemos, San Josemaría tenía siempre en el fondo de su exposición esa gran ley de la economía salvífica, que podríamos formular así: en la vida cristiana, todo es, a la vez, don y tarea, indicativo e imperativo, regalo divino y responsabilidad humana. El aspecto “tarea” es el formalmente subrayado en el párrafo que acabo de transcribir. Pero ese imperativo es posible y tiene sentido porque la realidad misma que buscamos nos ha sido dada por Dios: en la economía de la gracia, el imperativo se basa siempre en el indicativo. Dicho de otra manera: la tarea de buscar a Cristo solo es posible porque Él, graciosamente, se nos ha dado y se nos da: “Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos” (Mt 26, 28). Volviendo a nuestro discurso: el esfuerzo que San Josemaría nos pide para hacer de la *materia* “medio y ocasión” del encuentro con Cristo se basa en que el Señor ¡está allí!: “en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día” (n. 114b).

El don y la tarea se recubren hermosamente en esta fórmula: “hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir” (n. 114b). Y en esta otra: “Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios” (n. 116b).

c) El sentido de un mensaje

La doctrina que Josemaría Escrivá de Balaguer expuso en el *campus* de la Universidad de Navarra —como él mismo dijo— está “en el núcleo mismo del espíritu del Opus Dei” (n. 116a). Por tanto, no era nueva: era la que venía predicando desde el 2 de octubre de 1928, cuando el Señor le hizo “ver” la Obra. En aquel octubre de 1967 la vuelve a exponer para que los oyentes la comprendan —dijo— “con una nueva claridad” (n. 114b).

Juan Pablo II lo subrayó (7 de octubre de 2002) con ocasión de la canonización de nuestro primer Gran Canciller:

San Josemaría fue elegido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que la vida cotidiana, las actividades comunes, son camino de santificación. De él se podría decir que fue *el santo de lo ordinario*.

Eso es, efectivamente, lo que predicó San Josemaría en el *campus* de Pamplona. Doctrina, esta, por lo demás, no solo originaria, sino constantemente enseñada, como aparece subrayado en la alusión al “repetido martilleo” con que había explicado siempre “que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día” (n. 116b). Esto es evidentemente así. Pero Josemaría Escrivá de Balaguer nunca entendió ese mensaje espiritual, que Dios le inspiró con fuerza imborrable, como una especie de aerolito que se incrusta inmóvil en la tierra, sino como una semilla que crece fecundada por la gracia de Dios. Por eso, el mensaje del 2 de octubre del 28 fue profundizado por el Fundador a lo largo de toda su vida. Y ahondó en ese mensaje a través de las luces ulteriores —con frecuencia de carácter extraordinario— que Dios le concedió, y de manera más ordinaria, a través de una constante reflexión sobre el mensaje mismo en el contexto de su experiencia cotidiana: los acontecimientos de la vida de la Iglesia y de la Obra y, en general, de la historia humana le brindaban la materia indispensable para el ejercicio de su responsabilidad, también de su responsabilidad ante el tesoro que Dios había puesto en sus manos.

Cuando Josemaría Escrivá de Balaguer predicó al aire libre en Pamplona, estaba recién acabado el Concilio Vaticano II. La Constitución *Lumen Gentium* había proclamado, con una solemnidad sin precedentes, la llamada universal a la santidad; por su parte, la Constitución *Gaudium et Spes* había subrayado la bondad originaria del mundo y el valor del trabajo humano a la hora de comprender las relaciones del mundo con la Iglesia. Dos temas, el de ambas Constituciones conciliares, que estaban ya en el centro del mensaje del 2 de octubre de 1928 y que en los años que siguen a la fundación del Opus Dei apenas si eran comprendidos por unos pocos. Éste era el contexto eclesial inmediato de nuestra homilía. Nótenlo Vds.: lo que en los años treinta y cuarenta del pasado siglo —entonces no tan lejanos— había provocado sospechas, incomprensiones, e incluso acusaciones de desviación doctrinal y herejía, era ahora doctrina conciliar. A mi parecer, este respaldo del Concilio Vaticano II y la relectura de *Gaudium et Spes* ayudan a comprender el lenguaje y el estilo argumentativo con que el Fundador del Opus Dei abordó en esta ocasión la temática tantas veces predicada. Ese respaldo, como acabamos de ver, le permitía expresarse con un lenguaje teológicamente incisivo, casi polémico —¡“materialismo cristiano”!—, que subraya las antítesis y le confiere una fuerza pedagógica extraordinaria: la doctrina quedara firmemente grabada en los oyentes.

Por otra parte, aquel octubre de 1967 está a un paso ya del evento cultural conocido como “mayo del 68”, en el que se juntaron un cúmulo de utopías y de desencantos. El curso académico 1967-68 fue un curso inolvidable. En el orden de la vida eclesial están ya dándose, de manera creciente, las manifestaciones de una interpretación secularista —así la llamó Pablo VI— del Concilio Vaticano II, con la tremenda crisis que provocó: primero, en el ámbito de las Órdenes y Congregaciones religiosas y, desde ahí, en el clero secular; derivadamente, en la vida del entero Pueblo de Dios. Fue el oratoriano Louis Bouyer (*La descomposición del Catolicismo*, Barcelona 1970) el que diagnosticó, a mi entender de forma certera, esta secuencia. Era la época en que resonaba en los ámbitos eclesiásticos de toda Europa la teología anglosajona de la secularización. Era la época en que el *Honest to God* de John A.T. Robinson (1964; Barcelona, 1967) divulgaba esta radical secularización del Cristianismo —que tanto impacto tuvo en el clero y en los seminarios—, y en que la revista *Time* (8-IV-1966) dedicaba su *Cover Story* a la “teología de la muerte de Dios”. Era esta, a la vez, la época del dominio marxista en las universidades europeas y del diálogo con el marxismo como único horizonte intelectual digno de los cristianos... Aquí en América tenían Vds. las primeras expresiones de la teología de la liberación —que ha estudiado con tanto rigor el chileno Ibáñez Langlois—, algunas de las cuales se inscriben en ese clima dialógico.

Si traigo a colación estos recuerdos históricos, es porque son el contexto del “materialismo cristiano” que oímos proponer aquella mañana de octubre y, sin ellos no se sitúa bien el *humus* cultural y teológico de aquel mensaje. Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer de Balaguer, predicando en su Universidad y en contra de lo que podría esperarse, no situó dialécticamente su homilía “frente a” esas falsas teologías de la secularización, sino que su palabra se movió críticamente —ya lo he apuntado— frente a posiciones de signo opuesto: en concreto, frente a una “tradicional” deformación de lo cristiano que podríamos calificar de clerical, sacralizante y falsamente piadosa. Fue desde esta posición dialéctica como San Josemaría anunció la novedad del Evangelio. Ofreció en aquella memorable ocasión no un ataque al secularismo sino una profunda óptica cristiana para la comprensión de la secularidad. Perspectiva, ésta, llena de amor y fidelidad a la Iglesia, que superaba radicalmente, sin nombrarlos, tirando por elevación, los planteamientos de una falsa secularización.

d) 50 años después

Han pasado casi 50 años desde aquel evento. Las circunstancias contextuales a las que acabo de aludir, que bajo otros aspectos han sufrido tan profundos cambios en estos ocho lustros, no han hecho sino redoblar, a veces de manera devastadora, la presión secularista sobre las propuestas y los valores cristianos. Las graves consecuencias en el orden de la cultura, de la familia, de la vida

social y, en general, a la hora del respeto a la vida humana bien las conocen Vds., que las sufren en su carne y en la de sus seres más queridos. Por eso parece inevitable esta pregunta: ¿Cómo habría planteado hoy San Josemaría la homilía del *campus*? ¿Se habría dejado impresionar ante el oleaje “globalizante” de la descristianización? ¿Habría, en consecuencia, “reconsiderado” su “estrategia”, buscando ahora no tanto la plena inserción de los cristianos en el mundo sino “espacios sagrados” en los que pudiera ejercerse el “derecho de asilo” y hacer desde allí “incursiones” al mundo común?

Ya se dan cuenta de que, en rigor, estoy planteando un futurible y por tanto algo que en sentido propio no tiene respuesta. Cada uno puede hacerse su composición de lugar. Yo, personalmente, les diré lo que pienso. Y lo que pienso es que San Josemaría no hubiera tocado *una coma* en el texto de su homilía, que por algo la trajo escrita de la primera palabra hasta la última. Toda la investigación y el estudio del pensamiento de Josemaría Escrivá de Balaguer que, como les decía a Vds., se ha multiplicado con ocasión de elevación a los altares y de la publicación de sus obras completas, ve en esta homilía un texto profético para el mundo de este tercer milenio, el mundo del *Duc in altum*.

Pero hay algo que me parece de la máxima importancia en nuestro análisis y que querría yo saber explicar. Se trata de lo siguiente: la homilía del “materialismo cristiano”, en su datación histórica (1967), presupone la catequesis cristiana dada y recibida. Quiero decir que el discurso teológico-espiritual de San Josemaría apuntaba —en aquella ocasión— a fundar la *secularidad* de la vida cristiana ordinaria partiendo de la base de que su auditorio tenía asumidos los conceptos radicales de la *identidad* cristiana. Por eso, no se ve en la necesidad de hablar del Bautismo, fuente de la identidad del hombre en la Iglesia y, por tanto, de la vida que ha de ser vivida en esa secularidad que Josemaría Escrivá de Balaguer quiere hacer comprender. Y es que el Bautismo, los dones de la gracia, los sacramentos: todas estas realidades constitutivas del ser de la Iglesia y de lo cristiano son el presupuesto, continuamente subyacente en la homilía, de todo el discurso sobre la secularidad *propia* de los fieles cristianos corrientes dentro de la secularidad *general* de la Iglesia. La manera que el Fundador del Opus Dei tiene de hacer gravitar en el *campus* estas realidades fundantes es, como hemos visto, el marco eucarístico en que se mueve la homilía. La Eucaristía, que es —como él mismo dijo— el centro y la raíz de todo en la Iglesia y en el cristiano, es el permanente punto de referencia de todas las reflexiones que en este texto se contienen.

Esto que digo es importante para comprender la doctrina sobre la “unidad de vida” que se nos ofrece en la homilía. La unificación de la vida del cristiano sólo puede venir, como es obvio, desde esa identidad cristiana de que hablamos: es decir, desde la “vida nueva” que el Bautismo y la gracia ponen en nuestras almas, de la nueva criatura en Cristo, de la filiación divina del cristiano,

que, hijo de Dios en el Hijo, busca en todo momento el cumplimiento de la voluntad del Padre. Aquí, precisamente, es donde engrana el momento *secular* de la “unidad de vida” que el Fundador del Opus Dei ha descrito en su homilía: porque el cristiano que vive el “mundo común”, solo desde su condición de hijo de Dios —buscador de la voluntad del Padre— podrá descubrir ese algo santo y divino que está escondido en las situaciones más comunes de la vida ordinaria.

La demolición de los fundamentos de la vida cristiana a la que propende en gran medida la cultura contemporánea hace que hoy haya mucha gente que se declara —al menos en las encuestas— cristiana, católica, y que carece de formación básica en materia de fe. Esto es fundamental a la hora de utilizar la “homilía del *campus*”. Sin la vida de Cristo en el alma, el mundo “material” se hace opaco e impenetrable. Dicho positivamente y con la palabra misma de san Josemaría: “Cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios” (n. 116b). Pero sólo desde Cristo y la vida de la gracia se desempeña con amor lo pequeño y el mundo común se convierte en una “epifanía” de Dios.

En definitiva, para entender el “materialismo cristiano” y la secularidad *cristiana* de la vida ordinaria hay que tener fe en Jesucristo y querer vivir con arreglo a esa fe. Ese es el clima y el trasfondo de la homilía del *campus*. Por eso, los hombres y las mujeres de fe que viven en medio del mundo tienen como primera exigencia —de esa fe y de esa posición secular— hablar en los distintos ambientes del Dios que se hace hombre, carne: hablar de Jesucristo, de su perdón y de su misericordia, de sus sacramentos. Es un deber que, en estos primeros años del tercer milenio, no podemos posponer y mucho menos olvidar.

El texto de la homilía del *campus*, con sus análisis y sus propuestas, leído hoy, muestra en efecto la extraordinaria vigencia de aquellos planteamientos. Hoy la presión a la que el oleaje secularista somete a la vida cristiana hace emerger, también en su máxima tensión, el temple humano y el formato espiritual que Dios quiere dar —y por tanto exige— a las mujeres y a los hombres de los que habla Josemaría Escrivá de Balaguer. La homilía del *campus* se movía, anticipadamente, en el clima del “Non abbiate paura!” de Cristo Resucitado, que haría emblemático Juan Pablo II y que ha de envolver la nueva evangelización a la que hemos sido convocados por Benedicto XVI.

Precisamente en la canonización de Josemaría Escrivá (6-X-2002), el beato Juan Pablo II se servía de la homilía del *campus* para subrayar este rasgo fundamental. Decía el Santo Padre que el empeño de san Josemaría era que

[...] la vida de relación con Dios, y la vida familiar, profesional, social, hecha de pequeñas realidades terrenas, no estuvieran separadas, sino que constituyeran una única existencia “santa y llena de Dios”. “A ese Dios invisible —escribió— lo encontramos en las cosas más visibles y materiales”. (*Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer*, 114)

El “materialismo cristiano” de san Josemaría Escrivá de Balaguer tiene una riqueza de contenidos que apenas he podido enmarcar. Terminó mi intervención con la seguridad de que mis colegas, en el Simposio que ahora comienza, pondrán plenamente de manifiesto el sentido de aquel mensaje.

1 Esta conferencia recoge y desarrolla, en clave de “materialismo cristiano”, ideas de mi estudio *Una vida santa en medio de la realidad secular*, apéndice analítico al libro SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar al mundo apasionadamente*, prólogo de monseñor Javier ECHEVARRÍA, publicado en Ed. Rialp, (Madrid 2007), en Universidad Monteávila (Caracas 2007), en Ed. Minos III Milenio (México 2008) y en Quadrante (Sao Paulo, 2010).